Domingo 25 C Iglesia del Hogar

Pasajes Dominicales

Primera Lectura: Amos 8, 4-7

El profeta Amos presenta un reclamo que vale para todos los tiempos: no está permitido aprovecharse de la situación difícil de los demás y menos con intenciones de lucro. Por cierto, no es cristiano aprovecharse del “mercado negro”, es decir, donde venden objetos robados a precios muy cómodos. También hoy necesitan especial protección los pobres.

Segunda Lectura: 1 Tim 2, 1-8

Desde que Cristo murió y resucitó por nosotros, existe una solidaridad profunda entre todos los hombres, solidaridad que debe expresarse también y especialmente en la oración. Quizás nuestra oración se mueve solo en el estrecho marco de nuestras necesidades personales. Acojamos la invitación del apóstol y oremos también por todos los demás

Evangelio: Lc 16, 1-13

La fe no es un seguro de salvación. Es que el tiempo y las situaciones le reclaman al cristiano siempre de nuevo respuestas adecuadas que, iluminadas por la fe, reaccionan cristianamente ante lo que Dios quiere indicarnos por medio de los signos de los tiempos. Es decir, Dios nos habla por medio de la Escritura, de la conciencia y por la Iglesia. Pero también nos habla por medio de las situaciones en las que nos encontramos cada día porque también en ellas el Señor desea entrar en comunicación con nosotros. Y muchas veces la respuesta ha de ser una acción determinada.

Reflexionemos

Si queremos tener una orientación para nuestro comportamiento respecto a las cosas materiales, nos pueden ser muy útiles lo que han elaborado los sabios de tiempos pasados. Ellos distinguen entre lo necesario y lo superfluo. Lo necesario es todo aquello que necesita la familia para vivir dignamente: trabajo, comida vestido, casa, etcétera. También es necesario aquello que se requiere en lo que respecta a la cultura y hasta lo que nos permite poder disfrutar del esparcimiento y del descanso. Todo lo demás es superfluo y esto hay que ponerlo al servicio de los demás. Por supuesto, hay que dejar algo para los hijos. Lo que deben dejarles es una formación adecuada - además de la fe - para que ellos mismos puedan labrarse un porvenir. También es patente que muchas familias ricas degeneran pronto. Es más precioso para sus hijos que ustedes puedan darles su atención, su tiempo, su cariño y eso mucho más de lo que algunos hacen trabajando 14 horas al día para poder ofrecerles un lujo o una comodidad más. Ahora se presenta la pregunta: “¿Hasta dónde llega lo necesario y dónde comienza lo superfluo?

No me atrevo ofrecerles una receta que a lo mejor describe algo como necesario que usted ya considera como lujo. Y Dios me libre de impedirles a ustedes que sean generosos. ¿Por qué no reflexionar esto con la familia?

Reflexionemos con los hijos

Había una vez un niño que cuando veía algo que tenían los demás y no tenía él, se le agrandaron los ojos. Vio otras cosas más que no tenía, vio vestidos, chucherías: y más grandes se le hicieron los ojos. Se le agrandaron tanto los ojos que ya no podía ver las cosas que no tenían tamaño pero si valor. Su mamá le sonrió, no lo pudo ver. Su hermanita le tendió la mano, no lo vio. Su padre quiso jugar con él, no lo vio porque sólo veía las cosas de los demás que apetecía. Al final sólo tenía ojos para lo que costaba dinero y no podía ver las cosas que venían del corazón. Sus ojos se hicieron cada vez más grandes pero su corazón se hizo cada vez más pequeño. ¿Qué le aconsejamos a este niño? ¿Cómo hacer para que vea las cosas importantes?

Conexión eucarística

Dios tomó muy en serio nuestra salvación. Tan es así que envió a su Hijo y eso porque nos amaba. La Eucaristía hace tangible esta preocupación de Dios por nosotros ya que se renueva el misterio pascual, el amor de Dios que nos salva. Deberíamos saber corresponder con un entusiasmo que supere todo otro anhelo natural.

Nos habla la Iglesia

[57] Ahora bien, no toda distribución de bienes y riquezas entre los hombres es idónea para conseguir, o en absoluto o con la perfección requerida, el fin establecido por Dios. Es necesario, por ello, que las riquezas, que se van aumentando constantemente merced al desarrollo económico-social, se distribuyan entre cada una de las personas y clases de hombres, de modo que quede a salvo esa común utilidad de todos, tan alabada por León XIII, o, con otras palabras, que se conserve inmune el bien común de toda la sociedad. Esta ley de justicia social prohíbe que una clase excluya a la otra en la participación de los beneficios.

 Por consiguiente, no viola menos está ley la clase rica cuando, libre de preocupación por la abundancia de sus bienes, considera como justo orden de cosas aquel en que todo va a parar a ella y nada al trabajador; que la viola la clase proletaria cuando, enardecida por la conculcación de la justicia y dada en exceso a reivindicar inadecuadamente el único derecho que a ella le parece defendible, el suyo, lo reclama todo para sí en cuanto fruto de sus manos e impugna y trata de abolir, por ello, sin más razón que por ser tales, el dominio y réditos o beneficios que no se deben al trabajo, cualquiera que sea el género de éstos y la función que desempeñen en la convivencia humana.

 Y no deben pasarse por alto que a este propósito algunos apelan torpe e infundadamente al Apóstol, que decía: Si alguno no quiere trabajar, que no coma; pues el Apóstol se refiere en esa frase a quienes, pudiendo y debiendo trabajar, no lo hacen, y nos exhorta a que aprovechemos diligentemente el tiempo, así como las energías del cuerpo y del espíritu, para no ser gravosos a los demás, pudiendo valernos por nosotros mismos. Pero el Apóstol no enseña en modo alguno que el único título que da derecho a alimento o a rentas sea el trabajo.

 [58] A cada cual, por consiguiente, debe dársele lo suyo en la distribución de los bienes, siendo necesario que la partición de los bienes creados se revoque y se ajuste a las normas del bien común o de la justicia social, pues cualquier persona sensata ve cuán gravísimo trastorno acarrea consigo esta enorme diferencia actual entre unos pocos cargados de fabulosas riquezas y la incontable multitud de los necesitados (Encíclica Quadragesimo anno 57-58, Pío XI).

Vivencia familiar

Cada niño debería tener un cajón, una caja, un rincón, donde puede guardar sus cosas, las que nadie toca sin su permiso. Ya que la familia contribuye con una suma fija mensualmente al sostenimiento de la parroquia - no es una limosna sino una obligación - se puede animar a los niños a que contribuyan también ellos con una pequeña parte de su propina. Un día encontré en un sobre de los donativos un caramelo. El niño ha dado de lo suyo.

Oración

Haznos libres

El recuerdo de tu nombre nos haga libres, rompa los compromisos fraudulentos, destruya todo sueño de escapismo y nos haga libres, por un momento aunque sea, de la esclavitud de la costumbre.

Tu nombre nos da la fuerza de obrar en el interés de los demás, para que sigamos las huellas de tus sufrimientos.

Haznos libres, Señor, de las ataduras de las cosas. Haznos libres, Señor, del deseo maldito de encimar al prójimo, haznos libres del dominio de nuestra propiedad. Danos tu libertad soberana, que usa las cosas a tu gloria y en bien de los demás. Haznos libres para que podamos pensar siempre, con corazón generoso, en los hombres que esperan la liberación de nuestra parte. Haznos libres, Señor, haznos libres.